

FRAY PALOMA

Para Clemente Palma

HACE tres cuartos de siglo vivía en Huarás el R. P. Fray Rafael del Castillo, prior del entonces floreciente convento de San Francisco. Gloria, á la vez que amparo de la humilde y descarriada ciudad, este hombre justo se la pasaba día y noche en atribulada oración y rudas prácticas, impetrando del cielo misericordia y gracia para los pecados, chácaras y bueyes de sus paisanos. Todos le llamaban Fray Paloma: las mujeres y los niños, porque vestía constantemente de blanco; y los hombres, en atención á la suma bondad con que los guiaba hacia la virtud por el áspero sendero de la penitencia; agua viva que devuelve su juventud y blancura á las almas envejecidas en el desprecio de la fé ó tiznadas por vana sabiduría.

Era el religioso un gigantescamente anciano, de larguísima y sedosa barba; porte majestuoso, y andar mesurado. Con él iban la paz del corazón, el santo olvido de los placeres, el sereno valor del apóstol, y... el miedo que inspira el atleta. Cuando, poco antes del refectorio, se paseaba, según inveterada costumbre, por los anchos y fríos claustros del convento, el acatarrado hermano Miguel le contaba afanosamente el número de los pasos.—Sesenta pisadas del Prior—decía—dan el minuto más exactamente que el antiguo y enmohecido péndulo de la capilla, al cual, por ser regalo de Toribio de Mogrovejo, calificamos de infalible. ¡Infalible, infalible! ¡ejem! Los Papas y los concilios pueden aspirar á éllo. ¡ejem! Me atengo á los taconazos de nuestro prior, á quien dé Dios larga vida y evite solapada tentación. ¡Ejem! *No nos inducas in tentatione.* Amén.

Fray Paloma curaba las llagas morales de su grey con el sermón y la limosna. Al tratar de las persecuciones sufridas por la Iglesia y los fieles, llevaba hasta la elocuencia su sencilla retórica de soldado del Catecismo. La hipócrita serpiente del Edén, vaso de maldad y abominaciones, vivía aún para mayor gozo de Satanás y dolor de la Religión, mojando en el veneno del materialismo, y de otras torpes y hediondos principios, la pluma de aquellos impíos, que escribían para la juventud libros de carátula dorada y páginas olorosas, en las que el mismo infierno ya no podría poner más inmundicias ni rabia. Señor Dios—exclamaba el Padre Paloma, al finalizar su nocturna oración—tú que has creado esos himnos alados que se llaman el jilguero y la alondra, ¡alabado seas en tus obras! ¿Por qué otorgar al impío y al hereje esa persuasiva elocuencia que seduce los corazones sencillos y entusiastas? Esta arma poderosa, que esgrimen los enemigos del Evangelio, es á manera de retoño de aquellas malditas voces de sirena que antiguamente causaban muertes y naufragios. ¡No nos abandones, señor, piloto de la fuertemente combatida nave cristiana! Tápanos los oídos con cera de virtud, y desembarcanos en la florida playa de la eternidad, donde sea dado á tus siervos formar parte del feliz coro angélico que loa perpetuamente tu incomprendible grandeza y sabiduría; Señor Dios, tú que has creado esas maldiciones andantes, que se llaman sabios descreídos y reyes filósofos, alabado seas en tus obras por los siglos de los siglos!

La buena ciudad de Huarás cuenta, por boca de sus ancianos, el éxito de un sermón del Padre Paloma, cuyo tópico era la desigual batalla entre Goliat y David, símbolo de la eterna que se libra contra la Iglesia. Tal vez los fieles comparaban mentalmente al filisteo con el religioso orador; y al sacristancillo que vino le servía, con el pequeño David, cuando de pronto se dejó oír el

rumor de una conversación acalorada. Eran los hermanos Pérez, últimamente llegados del extranjero, quienes servían de modo tan irrespetuoso la causa del Infierno, deseoso de turbar el augusto recogimiento del auditorio. Fray Paloma que llegaba en tal momento á la escena del hondazo, venció su natural bondad, para tronar con el acento de Savonarola:—Dejadlos que el Dios de David los herirá también!—Y la maravilla se realizó; porque desde ese día, hasta el en que Satanás tuvo su esperada visita, los hermanos Pérez sufrieron de incurable y ridícula tartamudez, con aplauso de lib rales y devotos.

II

Pues, señor.....Una tarde de Semana Santa, vinieron al Padre Paloma, muy asustadas, una viejecita, parecida á esa que habita en el disco de la luna llena; y una muchacha, hermosa y colorada como una flor de Mayo.

Eran, por el parentesco, abuela y nieta; y por el oficio, molineras. Postradas ante el reverendo, desenredaron la madeja que las tenía intrigadas. Era que el molino de su propiedad, *no quería* triturar el santo trigo con que debían amasarse los millares de hostias destinadas á ser consumidos en la cercana Pascua Florida. No había que pensar, ni remotamente, que era la rueda la que no giraba. ¡Como un trompo de chiquillo giraba, por ser el agua abundantísima! Pero ahí se estaba intacto en su tumba de piedra el rubio cereal. Seguramente que caso tan extraordinario, sucedía, bien examinadas todas las circunstancias, por obra del diablo, ó cuando menos de *Ichic-oleo*, que es su favorito; por lo que dos ó tres latines, y una gran cruz de bendición sobre la rebelde muela, remediarían el daño. Accedió Fray Paloma, no sin haber preguntado antes, y con mucha calma, qué cosa era un *Ichic-oleo* y cual su grado de parentesco con el *ótro*. *Vade retro!*

Flor de Mayo, digo la muchacha, respondió en esta forma:

—*Ichic-oleo*, padre, se traduce del quechua al castellano, por hombre pequeño..... vamos..... por un enanillo, que pudiera caber muy bien en la faltriguera de mi novio, el rey Pepino, que no es más grande que la imagen de San Juan que tienen ustedes en el convento.

Fray Paloma, creyendo dementada á la muchacha, la reprendió con dulzura:

—No debes, niña mía—dijo—haber conocido al Santo rey, Padre de Carlo Magno; mal puedes entonces vanagloriarte de tenerle por novio. Además, nuestra imagen de San Juan, parece pequeña por hallarse en alto nicho, pues desde los rayos de la corona hasta las sandalias mide dos varas muy honradas. Yo mismo la he mandado labrar.

—El rey Pepino, padre, es el enano de una compañía de payasos que ha llegado hace poco. Pero perdóneme usted..... Que hable mi abuela, porque yo no digo sino disparates.

Púsose encarnada como una cereza; temblábale la voz; humedeciánsele los ojos. Fray Paloma pensó en los abominables artificios de que se valen las *hijas de los hombres*, para tratar de seducir á los castos varones, *hijos de Dios*.

Su paternidad—dijo entonces la abuela—mi nieta tiene razón en lo que asegura. El *cuarto*... honrar padre y madre..... ¿Por qué ha sido la primera en comenzar la historia de los *Ichic-ollos*? Yo la diré mejor que ella, porque siempre la he contado de *pé á pá*.